



Barti, el pianista del danés Alex Jorgensen. HERALDO

CRÍTICA DE TEATRO

Joaquín Melguizo

Dos pequeños tesoros

ENTRE los espectáculos que componen la programación del Parque de las Marionetas, en las barracas de feria situadas en el Parque Labordeta, se pueden encontrar estos días dos pequeñas joyas teatrales. Se trata de 'El circo de las pulgas', de Doninique Kerignard, y de 'Barti', del titiritero danés Alex Jorgensen. En ambos casos descubrimos cómo el teatro es pura convención, juego, imaginación, complicidad y comunicación. Y magia, mucha magia. Entendemos por tal esa fuerza, esa corriente que nos hace entrar en un mundo de ficción y asumirlo como cierto y real. Real, puesto que ocurre, pero cierto... Ya sabemos que solo es teatro.

El intrépido domador Alfredo Panzani nos invita a su carpa, la más pequeña del mundo, para presenciar las acrobacias y números de riesgo de sus tres pulgas, Mimi, Zazá y Lulú, una vivaz sucesión de extraordinarias proezas que siguen esa inexorable ley del circo, el más difícil todavía. Magnífica su capacidad de empatizar con el público (con los pequeños y los grandes) y su capacidad de construir y desarrollar el juego teatral. Nadie que haya estado en esa carpa de los pequeños milagros, podrá decir que no ha visto una pulga entre los dedos de Alfredo, o dando un triple salto mortal en el aire, atravesando el aro de fuego o zam-

na. Imaginativo, divertido, encantador, son algunos de los calificativos que podrían adornar el nombre de Doninique Kerignard y su circo de las pulgas.

Barti, el muñeco que maneja Alex Jorgensen, en una compleja marioneta de hilos que toca el piano. Pero es algo más que un virtuoso concertista de música clásica. Puede ser también un cantante de rock o un delirante intérprete de flamenco. Pero es, ante todo, la demostración de cómo un muñeco, un pedazo de materia inanimada, puede cobrar vida, transformarse en un ser capaz de cautivar a los espectadores, de arrancar su risa, de captar su atención, de sorprenderles.

Alex Jorgensen maneja a Barti con técnica, elegancia y precisión, dotándolo de un variado repertorio gestual, haciendo de él un ser con una personalidad muy acusada, con una gran presencia y enorme capacidad para conquistar al público.

Dos propuestas de pequeño formato, pero que en sus apenas veinte minutos, derrochan buen humor, inteligencia, buen gusto y teatralidad. Un verdadero deleite para chicos y grandes.

BARTI ★★★★★

Alex Jorgensen (Dinamarca)
Carpa Bagdad.

EL CIRCO DE LAS PULGAS ★★★★★

Doninique Kerignard (Francia)

EN LA CALLE

Nuevas formas de contar los cuentos

Los títeres y marionetas llenan estos días la plaza del quiosco de la música en el parque

ROBERTO MIRANDA
rmiranda@aragon.elperiodico.com



Títeres y marionetas en el Parque José Antonio Labordeta. Una doncella vestida de terciopelo mora-

do toca el arpa sentada en su doncellar. Tiempo inmemorial. Los cabellos le llegan hasta el suelo. No ocurre ninguna historia, ni viene a lo lejos un caballo con el príncipe, ni hay madrastra que llegue con el veneno, ni una puerta que chirrie con el viento, ni otra cosa que esa música suavísima ante los ojos quietos de los niños sentados en el suelo y esos dedos largos, femeninos, movidos por unos hilos, que tañen el arpa. Suavidad suma. Un ambiente interior al aire libre, muy cerca del quiosco del parque. Solo esa música y todos los cuentos de castillos flotando en ella.

Han llegado tan lejos los títeres que no necesitan ni contar una historia para encandilar a la gente. Tras los aplausos, sale a tocar un flautista punkie, las uñas de los pies descascarilladas y la cresta rutilante. Cambio de clima. El personaje, igualmente inquietante y misterioso; la música, de nuevo embobadora.

La atención de los niños

«Me llega la atención de los niños, me concentro, lo vivo, me lo creo, y los niños se contagian. La gracia es la música». Mireia Nogueras ama la música irlandesa y mueve los hilos de esos personajes sin ocultarse, pero los espectadores sólo miran a los muñecos. La magia está en que esta joven barcelonesa, una vez que todos se han marchado a ver otro tingladio de títeres en la plaza, afirma: «Tengo poco oído. De esta forma puedo tocar el arpa sin saber música».



El público infantil no faltó a la cita.

La chilena Valentina Raposo ha traído a un vampiro con capa, un fantasma oscuro que reptaba, porque está muy débil. Tiene muchísima hambre y necesita a un niño que quiera darle un poco de sangre. Sube un chiquillo. Valentina le pregunta de dónde le va a dar la sangre. «Del dedo», responde y muestra el índice. Una corriente de escalofrío recorre al grupo de niños. «Tienen miedo de verdad y les gusta. Lo superan, porque suben», afirma Valentina. Si les ve muy seguros, pide que pongan el cuello, que tiene más sangre. Y más nervios.

Teatro de marionetas *El Antídoto* lleva títeres de guante: Feliciano es un personaje de buen corazón que quiere ayudar y le engañan. La Calixta le toma el pelo. Pero los niños se ponen de parte del bueno. Miguel Ángel y Vanesa son aragoneses e inventan esas historias de su retablillo: «Cosas reales, en las que nos veamos reflejados; crítica de la vida con risas».

El chico bueno que trae una gran flor para una muñequita linda de cabellos de oro. Ella le rechaza y él le trae otra más grande, también sin éxito. Cuando va



Una escena clásica del retablillo.

a buscar otra cosa para ella, asoma el diablo, la quiere acariciar, la abraza, la coge y se la lleva. Regresa el chico muy contento con un ramo. Ella no está. Lloro, pero coge una cachiporra y espera a que llegue el diablo. Cada golpe es un estallido de alegría. Hay un poco de zozobra cuando el diablo se le pone por detrás. Dura poco, porque se lleva otra por el lado contrario. Final feliz con la muñequita. Todos aplauden. A una niña, un muñeco de madera le quería comer el bocadillo y ella, por si volvía, se lo zampó en un santiamén. ≡

EN LA CALLE

Nuevas formas de contar los cuentos

Los títeres y marionetas llenan estos días la plaza del quiosco de la música en el parque

ROBERTO MIRANDA
rmiranda@aragon.elperiodico.com



Títeres y marionetas en el Parque José Antonio Labordeta. Una doncella vestida de terciopelo mora-

do toca el arpa sentada en su doncellar. Tiempo inmemorial. Los cabellos le llegan hasta el suelo. No ocurre ninguna historia, ni viene a lo lejos un caballo con el príncipe, ni hay madrastra que llegue con el veneno, ni una puerta que chirrie con el viento, ni otra cosa que esa música suavísima ante los ojos quietos de los niños sentados en el suelo y esos dedos largos, femeninos, movidos por unos hilos, que tañen el arpa. Suavidad suma. Un ambiente interior al aire libre, muy cerca del quiosco del parque. Solo esa música y todos los cuentos de castillos flotando en ella.

Han llegado tan lejos los títeres que no necesitan ni contar una historia para encandilar a la gente. Tras los aplausos, sale a tocar un flautista punkie, las uñas de los pies descascarilladas y la cresta rutilante. Cambio de clima. El personaje, igualmente inquietante y misterioso; la música, de nuevo embobadora.

La atención de los niños

«Me llega la atención de los niños, me concentro, lo vivo, me lo creo, y los niños se contagian. La gracia es la música». Mireia Nogueras ama la música irlandesa y mueve los hilos de esos personajes sin ocultarse, pero los espectadores sólo miran a los muñecos. La magia está en que esta joven barcelonesa, una vez que todos se han marchado a ver otro tingladio de títeres en la plaza, afirma: «Tengo poco oído. De esta forma puedo tocar el arpa sin saber música».



El público infantil no faltó a la cita.

La chilena Valentina Raposo ha traído a un vampiro con capa, un fantasma oscuro que reptaba, porque está muy débil. Tiene muchísima hambre y necesita a un niño que quiera darle un poco de sangre. Sube un chiquillo. Valentina le pregunta de dónde le va a dar la sangre. «Del dedo», responde y muestra el índice. Una corriente de escalofrío recorre al grupo de niños. «Tienen miedo de verdad y les gusta. Lo superan, porque suben», afirma Valentina. Si les ve muy seguros, pide que pongan el cuello, que tiene más sangre. Y más nervios.

Teatro de marionetas *El Antídoto* lleva títeres de guante: Feliciano es un personaje de buen corazón que quiere ayudar y le engañan. La Calixta le toma el pelo. Pero los niños se ponen de parte del bueno. Miguel Ángel y Vanesa son aragoneses e inventan esas historias de su retablillo: «Cosas reales, en las que nos veamos reflejados; crítica de la vida con risas».

El chico bueno que trae una gran flor para una muñequita linda de cabellos de oro. Ella le rechaza y él le trae otra más grande, también sin éxito. Cuando va



Una escena clásica del retablillo.

a buscar otra cosa para ella, asoma el diablo, la quiere acariciar, la abraza, la coge y se la lleva. Regresa el chico muy contento con un ramo. Ella no está. Lloro, pero coge una cachiporra y espera a que llegue el diablo. Cada golpe es un estallido de alegría. Hay un poco de zozobra cuando el diablo se le pone por detrás. Dura poco, porque se lleva otra por el lado contrario. Final feliz con la muñequita. Todos aplauden. A una niña, un muñeco de madera le quería comer el bocadillo y ella, por si volvía, se lo zampó en un santiamén. ≡